

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

PANEGÍRICO

de San Alonso Rodriguez.

(Continuacion.)

Fué por los años de gracia de 1531 cuando nació el niño que venia al mundo para ilustrarlo con sublimes enseñanzas de celestial sabiduria, para honra de la ciudad de Segovia que fué su cuna, para gloria de la Iglesia que le dió la vida sobrenatural, para lustre y esplendor de la Compañia que le formó en la ciencia de los Santos, y para consuelo y edificacion de su gente y reino que se embalsamaron con el aroma de sus virtudes. Diego Rodriguez y María Gomez, honrados comerciantes, cristianos viejos, muy piadosos y devotísimos de la Virgen María tuvieron siete hijos y cuatro hijas, y con ellos supieron cumplir se-

gun las normas purísimas del Evangelio los sagrados y trascendentales oficios de la paternidad, sin que los negocios mercantiles fuesen parte á distraer su ánimo de un oficio tan grave como la educacion cristiana de sus hijos que á la luz de la fé se les mostraba como la funcion mas delicada y como el primero de los negocios domésticos. Así es que desde muy temprano se aplicaron á cultivar aquellos tiernos corazones con las luces de la verdad que es el manjar de los espiritus segun Malebranche, con la piedad cristiana que es útil para todo segun el Apóstol, con el santo temor de Dios que es el principio de la sabiduria segun el Salomista, con la frecuencia de la Confesion y Comunión que son manantiales inagotables de santidad, con la virtud del ejemplo

que es la forma mas breve y eficaz de la enseñanza, y con la devoción á la Virgen María que es como leche espiritual para los párvulos, y sabroso alimento para los adultos. Sobresalió Alonso, segundo de los hermanos, por su aplicacion al estudio de las primeras letras, por su piedad y rara modestia, y singularmente por su amor y devoción á la Virgen cuyo nombre, apenas sonaba en sus oídos, llenaba de gozo su tierno corazón, cuyas imágenes hacian brillar sus ojos de alegría, cuyas fiestas eran su encanto y su delicia. Recompensó la Señora tan grande amor, asegurando al niño que le amaba con amor de Madre. No es maravilla que el precioso mancebo así educado desde muy temprano viera crecer en su corazón un deseo de santidad y perfección cuya semilla estaba oculta en la misteriosa fecundidad de la gracia cultivada con tanta solicitud por el piadoso anhelo de sus padres. Hijo de la sabiduría cristiana empieza á declararse que su destino ha de ser un instituto célebre, apenas nacido, y que al lado de claros varones y de santos maestros se distinguirá por su aprovechamiento espiritual entre los que aprenden el arte admirable de obedecer y de amar. *Natio illo-*

rum obedientia et dilectio (1). Siguiendo atentamente sus pasos, podemos observar cómo y cuán dulcemente es conducido Alonso de idea en idea, de propósito en propósito, y de suceso en suceso hasta que ya pudo cantar cánticos de esperanza y de consuelo en los átrios de la Compañía, cuya morada y santo Instituto fueron la misteriosa escala de sus místicos arrobamientos y sublimes ascensiones. El primer paso en la carrera de sus admirables crecimientos fué la dicha de haber hecho unos ejercicios á la edad de 10 años bajo la dirección del Beato Fabro, primer compañero de S. Ignacio en la fundación de la Compañía de Jesús, y luego habia de oír lecciones de virtud y sabiduría del sábio y elocuente Francisco de Villanueva en la Universidad de Alcalá donde comenzó sus estudios en compañía de su hermano Diego. No es maravilla que el precioso mancebo hiciese bajo tales auspicios notables progresos en el camino de la ciencia y de la perfección. No era Alonso un joven disipado y amigo de compañías peligrosas. El estudio y el retiro, la meditación y las prácticas, piadosas eran su ocupación constante, los

(1) Eccl. III, 1.

libros de testo y los piadosos sus compañeros y sus amigos los maestros de la ciencia y los Directores de su espíritu.

Mas no son estos los caminos por donde el Señor quiere conducir á su siervo á la realizacion de sus designios. En la ciudad de Segovia es donde Dios quiere mostrar la fidelidad de Alonso. Cuando mas enfrascado se hallaba en sus ocupaciones científicas y piadosas, llega á sus oídos la noticia del fallecimiento de su padre, y escucha como Eías una voz misteriosa que le dice: *Vade, vade, et revertere in domum tuam.* ¡Cuántos oyen la voz de Dios, y se niegan á seguirla! Alonso oye la voz de su Dios y no la discute, no vacila, ni se detiene porque sabe que cuando Dios manda, el hombre debe callar y someterse; y obediente como Eías á la voluntad de su Dios vuelve á la casa paterna para encargarse de su direccion, y de los negocios mercantiles. Conocidos son los peligros del comercio. La fiebre del lucro engendra los fraudes, las injusticias, los engaños, la usura, la infidelidad y las estorsiones; pecados que pierden el alma y son al mismo tiempo la peste del comercio humano que hoy mas que nunca, en este siglo metalizado hace de la ganancia

su único Dios y ante sus aras sacrifica su inteligencia, su corazon, su eterno destino con tal que le dé lo que descubre el ojo inquieto de su codicia. Semejantes desafueros contra el orden cristiano, ese olvido funesto de los intereses eternos, esa violacion escandalosa de la ley de Dios, esa profanacion horrible de los dias festivos, esa rebelion pública de los comerciantes contra Dios y su Iglesia en los dias de fiesta no pueden quedar sin castigo. ¿No vemos, en efecto, el castigo en el descrédito del comercio, en su deshonor, en su ruina? ¿No lo vemos en la ruina del Estado que consiente la iniquidad? Despreciado el reino de Dios y hollada su justicia ¿cómo han de prosperar las cosas de la tierra?

Alonso no mira la prosperidad terrena como un fin sino como un medio para santificarse, para lograr su último fin. Trabaja, se desvela, se afana para ser útil á la familia, á la pátria, á la sociedad, pero estos mismos afanes y desvelos, los quebrantos del comercio, el mal estado de los negocios, la visible disminucion del capital y el decaimiento de la casa son estímulos de la virtud. *Omnia cooperantur in bonum.* Su fidelidad á la gracia divina que mueve y dirige su espí-

ritu es el poderoso talisman que obra maravillas. Siempre sumiso á la voluntad de Dios que le llama al estado de matrimonio, entra en él con la vocación y gracia que exige *un Sacramento tan grande en Cristo y en la Iglesia*. Tocole en suerte una mujer buena, y con su ayuda hizo del hogar doméstico un santuario de pureza, y formó una familia según el modelo cristiano. Aquel santo matrimonio causaba admiración y era ejemplo edificante á los Segovianos. Germinaban allí y esparcían suavísima fragancia las flores más peregrinas, á saber; la fidelidad más inviolable, la más exquisita castidad conyugal, la más íntima confianza, la más tierna compasión, la más firme constancia, y sobre todo el amor más puro y entrañable, santificado por la gracia y sometido al amor de Dios que eleva, y transforma en imagen y semejanza de la Trinidad divina la trinidad humana, el padre, la madre y el hijo, que constituyen la familia cristiana.

Es también la gracia fielmente correspondida la que mueve, dirige y gobierna á nuestro Santo en la educación de un hijo y una hija, único fruto de su santo matrimonio. Concedor de los deberes paternales se aplica á formar el corazón de sus hijos en la vir-

tud y en la piedad, enseñándoles las verdades de nuestra fe y los preceptos de la ley de Dios, inspirándoles horror profundo al pecado, y amor á toda obra buena, apartándolos de toda compañía peligrosa, corrigiendo sus defectos, y dándoles ejemplos de todas las virtudes.

(Continuará.)

VARIEDADES.

Un manantial de dicha.

(Continuación.)

Marta no sabía acostumbrar á sus hijos á esa confianza sin límites que tanto estrecha los lazos entre padres é hijos. Pronta á la impaciencia, y riñendo mucho por ligeras faltas, en que las pequeñas volvían á reincidir; temiendo otra fuerte corrección, las ocultaban todo lo posible, en vez de confesarlas con esa ingenuidad que es el mejor adorno de la infancia.

Sin buscar ni darse cuenta de lo que hacía en su hogar frío y sin encantos, notaba un verdadero malestar.

La cena, que reunía á la familia, se concluía muchas veces sin que el padre hubiese pronunciado una palabra, salía enseguida con su hijo y á su vuelta encontraba á su mujer agobiada y aburrida más que por el trabajo por la soledad y aislamiento en que se encontraba.

Los días trascurrieron así tristes y uniformes, cuando el nacimiento de un cuarto hijo vino á romper su monotonía.

Este cambio en el primer momento aumentó la inquietud del padre, oprimió el corazón de la madre y solo causó alegría á las niñas que, no comprendiendo los gastos que se originaban, lo recibieron como á un nuevo compañero de sus juegos.

Algunos días despues envolviendo al niño en pañales blancos como la nieve, Marta exhaló un grito de dolor: aquel grito no halló eco. ¡Estaba sola! La pobre madre descubrió que el niño, además de su endeble constitucion, tenia torcido el pié derecho, lo que le impediria andar á no ser con gran trabajo. Prorrumpió en llanto, tomó en sus brazos al niño y lo llevó á un médico que la confirmó en sus temores.

Llegada la noche, entró su marido, al que esperaba con impaciencia, y poniendo á Juanito sobre sus rodillas le dijo llorando:

—¡Mira el presente que nos ha hecho Dios!

Julian examinó aquel piececito, que tenia una desviacion en el tobillo y lo devolvió á su madre sin decir una palabra, poniéndose á pasear por la habitacion con aire sombrío.

Las niñas viendo llorar á su madre se echaron á llorar tambien formando un cuadro desconsolador.

De pronto Julian exclamó: ¡No te aflijas, Marta! Si Dios nos envía esta prueba por medio de nuestro niño, trabajaremos con mas ahinco y no carecerá de nada. Julian, respondió ella, tus palabras me consuelan, y enjugó sus lágrimas. Desde aquel momento un súbito cambio se operó en el modesto hogar.

Parecia que con aquel pobre ser débil y lisiado, Dios habia enviado mas resignacion, mas dulzura é interés reciproco.

La presencia de Juanito parecia hacer brillar ante la madre como un continuo rayo de sol. Ya no pasaba como antes los días en la soledad. ¡Eran necesarios tantos y tan incesantes cuidados....! ¡Y para ella un consuelo tan dulce prodigarle caricias que él ya se esforzaba en devolver!

Julian encontraba sin duda algunas mas atractivos en su hogar, porque dejó de salir por las noches y llegó, cosa inaudita hasta entonces, á proponer á Marta ayudarle en sus quehaceres ó tener el niño mientras ella los desempeñaba.

Era un espectáculo conmovedor ver á aquel padre, tan violento y rudo, trocarse en dulce y paciente y tomar mil precauciones delicadas para no lastimar á su hijo que jugueteaba en sus brazos y que le sonreía con cariño.

Su dulce carga le era disputada á veces por sus hermanos, que iban siendo mas reflexivos y juiciosos, y por Francisco que se habia vuelto mas atento y previsor con su madre, por lo mismo que la veía agobiada por un incesante trabajo.

—Sí, te queremos doblemente, decian todos á Juanito, porque tu vida ha de estar mas llena de privaciones y sufrimientos.

Pero cuando llegó la edad en que los niños empiezan á andar, fué muy doloroso para toda la familia el convencerse de la imposibilidad en que se encontraba Juanito de dar un solo paso.

Marta ahogaba con innumerables be-

son prodigados al niño el pensamiento que la afligía, y la serenidad del hogar no se vió turbada con sus quejas ni lamentos.

Algunos años trascurrieron así. Juanito crecía visiblemente; pero era en extremo delicado. Sus azules ojos tenían infinita languidez, sus cabellos rubios y finos caían sobre sus hombros y sus manos tan enflaquecidas estaban que causaba pena verle.

Los dos esposos, sin embargo, jamás se habían impuesto por los otros hijos tantos sacrificios como por aquel.

Los manjares mas nutritivos y delicados, vestidos finos ó de abrigo, juguetes, todo, en fin, se le proporcionaba; pero como decía Julian, que había encontrado en su dolor paternal la fé y la resignación: Dios nos lo ha dado débil, no podemos hacerlo fuerte.

En compensación, y como sucede generalmente á los niños de constitución enfermiza, la inteligencia de Juanito se había desarrollado extraordinariamente.

Apenas contaba cinco años, y solicitaba de su hermano, que era ya casi un hombre, y de sus hermanas, que se distinguían por su viveza y gracia, le dieran lección de lectura y explicaciones sobre mil objetos que excitaban su curiosidad infantil.

El padre y la madre escuchaban sonriendo; nadie hubiera podido reconocer en ellos á los mismos que en otro tiempo estaban siempre taciturnos ó de mal humor.

Francisco había hecho á Juanito unas muletas muy ligeras y un sillón de ruedas.

Las dos hermanas, pero sobre todo Luisa, que empezaba á demostrar el gusto de una buena modista, confeccionaba sus vestidos con una coquetería inusitada en aquella modesta casa.

El padre los domingos y las noches de verano le sacaba á tomar el aire, le daba flores y había enjaulado á un pajarito que con su canto llenaba de alegría al niño.

Marta le rodeaba de todo lo que el amor maternal puede imaginar de afectuoso, y no hubiera cambiado por el mas robusto hijo el triste presente que Dios le había dado.

El enfermito, viéndose objeto de tanta solicitud y atenciones tan delicadas, dilataba su corazón al reconocimiento, y no se cansaba jamás de acariciar á los seres que amaba tanto.

¡Dios sabe bien lo que hace!

Este niño que había enviado al seno de una familia, sin otro porvenir que el pan cotidiano, ganado con tanto trabajo y que apareció en el primer momento como una pesada carga, vino á ser el lazo de unión entre todos los miembros de la familia, que hasta entonces habían vivido casi como extraños ó indiferentes.

—Juanito es para nosotros un tesoro, decía Julian; su sola presencia alegra y embellece nuestra pobre casa.

—Sí; respondió Marta, cuando algun día tardas en venir, Juanito me habla de ti, me distrae y me hace parecer mas corto el tiempo que paso esperándote.

—Y añadió la viva y graciosa María, estoy segura que se parece mucho á los ángeles del cielo.

La pobre madre se estremeció al oír

estas palabras, que tomó como presagio de que pronto quizá iría á reunirse con ellos.

(Se continuará.)

Muerte de un hijo.

Hay personas, dice San Alfonso de Ligorio, que á la muerte de sus parientes ó amigos se abandonan al dolor y se agobian hasta el punto de hacerse inaccesibles á todo consuelo, exagerando la impresion de la legitima pena con continuo derramamiento de lágrimas. «¿Qué se proponen así? añade Santo el Doctor. No agradan á Dios, que quiere su resignacion; ni al alma del difunto, porque si se ha condenado, odia tales lágrimas, y si se ha salvado, su deseo es que se dé gracias á Dios por su salvacion; y si está en purgatorio, pide la resignacion como el medio, junto con la oracion, de salir pronto del lugar de expiacion.» Sobre todo atañe lo expuesto á las madres, tan sensibles en la muerte de sus hijos.

Consuételes la siguiente historia:

«San Varo, oficial superior del ejército romano, fué martirizado en Egipto durante el reinado del Emperador Maximiano, en los primeros siglos de la Iglesia. Recogió sus venerables restos una rica y distinguida señora llamada Cleopatra, oriunda de Palestina, que los guardó hasta el fin de la persecucion. De regreso á su país los llevó á Syra, junto al monte Thabor, donde muchos milagros atestiguan la santidad del mártir de Cristo. Cleopatra, devotísima suya, hizo construir una hermosa iglesia, donde depositó solemnemente las santas reliquias.

«Cleopatra tenia un hijo de doce años, y, destinándolo á la carrera militar, lo ofreció al Santo para que lo protegiese en su futuro destino. Pero el niño cayó gravemente enfermo la noche del mismo dia en que pidió la gracia al Santo, y espiró súbitamente en sus brazos. ¿Quién podrá describir el dolor de aquella pobre madre? Toma el cadáver en brazos, y corre desolada ante el sepulcro del Santo: «¿Es esta mi recompensa, dice, por lo que os he honrado y venerado? Dadme mi hijo con tanto trabajo criado y mi único consuelo en este mundo. Resucítadle ó muera yo en su lugar.» Y todos los concurrentes lloraban movidos á compasion.

»Y la madre afligida regresó á su casa sin conseguir sus deseos; á las doce de la noche, rendida de fatiga se quedó dormida junto al cadáver de su hijo. De repente ve á su hijo conducido por San Varo; resplandecian sus vestidos con luz celestial, y ceñia sus cabezas una corona de estrellas. Atónita Cleopatra se postra para reverenciarle, pero la levanta San Varo. «¿Por qué te quejas? la dice; ¿por qué me imputas haberte dado mal por bien? Sé lo que te debo, y he pedido al Señor sea tu hijo soldado de la milicia celestial mas bien que soldado del ejército de la tierra. Y ahora, tómalo si lo quieres.» Pero el jovencito, volviéndose hacia el Santo: «No, señor mio, le dice; no quiero volver á ese mundo de iniquidades que acabo de dejar. ¡Oh, no me quejeis de vuestra compañía y la de los Santos!» Y dirigiéndose á Cleopatra: «Retírate, madre mia; ¿puede acaso una madre arrojar á su hijo de la gloria ce-

lestial á la pobreza y de la luz á las tinieblas?» La madre les dijo entonces: «Pues llevadme con vosotros para disfrutar vuestra gloria. ¡Oh santo mártir, no me separéis de mi querido hijo!»

San Varo le recomendó viviese en paz hasta el día designado para su muerte, y le mandó colocase en su mismo sepulcro el cuerpo de su hijo.

Despierta de su sueño, Cleopatra lo refirió temblando de emoción santa y dulcisima; recobró la paz de su corazón y se retiró al templo del Santo mártir para servir al Señor en oración y santa resignación. Al cabo de siete años murió, y fué enterrada en el templo junto al sepulcro bendito de San Varo y de su hijo.»

En esta santa historia vemos, añade un piadoso escritor, como muchas veces son las oraciones al propio tiempo aceptadas y rechazadas; rechazadas en cuanto Dios no otorga lo que se le pide, y aceptadas en cuanto Dios concede gracias infinitamente más preciosas que lo que se le pide. Porque su sabiduría es infinita, y su bondad sabe escoger para nosotros dones que sobrepujan sobre todo encarecimiento á los deseos más vivos de nuestro corazón.

Una escena de la revolución francesa.

—Doscientos cincuenta Sacerdotes franceses, unidos á sendos galeotes, fueron embarcados con destino á la Guyana francesa en un bergantín, á cuya entrada los Sacerdotes fueron despojados de sus ropas y haberes bajo la irrisoria razón de que la república atendería á todas sus necesidades; los Sacerdotes fueron vestidos de presidiarios.

A los diez días de navegación, el bergantín fué atacado y tomado al abordaje por una fragata inglesa.

El comandante inglés, enterado de que los presos eran sacerdotes y presidiarios, les hizo subir sobre cubierta, y para separar á unos de otros, con voz de trueno dió el orden siguiente:

«Que los presidiarios se reúnan á babor y á estribor los Sacerdotes, en el concepto que si entre éstos se oculta alguno de aquellos, en el acto irá al mar.»

Terminada la separación, que un testigo de vista dice le representaba el juicio final, el comandante descubrió su cabeza, y dijo á los Sacerdotes: «Yo, aunque no soy de vuestra religión, os saludo y admiro en la que profesais, fuerza y vida para dominar el mundo; no temais, sois libres y estais bajo la protección del pabellón inglés y sois mis huéspedes, hasta que pueda dejaros en Londres.» En este momento, al observar sus semblantes demacrados y sus vestidos de infamia, pareció conmovirse; antes de que los Sacerdotes pudieran darle las gracias, se dirigió á la izquierda, y con entonación más baja, dijo: «En cuanto á vosotros, en todos los países del mundo sereis unos bribones, y puesto que soy el vencedor y puedo elegir, me quedaré con vuestros respetables sacerdotes, que encontrarán buena acogida en Inglaterra; á vosotros os desembarcaré en las costas de Francia, y la libertad que os doy será la mejor venganza que mi país puede tomar contra el vuestro.» Una noche, en efecto, fueron desembarcados los galeotes en las costas francesas; los oficiales del buque apresado fueron entregados en Plymouth, y los Sacerdotes franceses, á los que se devolvió sus efectos y trajes, pudiendo vivir en Inglaterra auxiliados por los católicos del país.